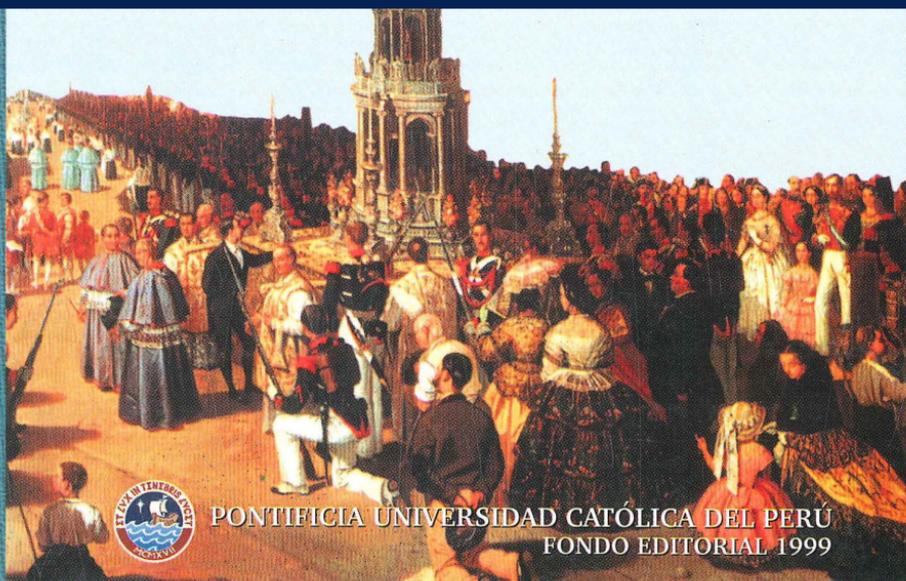


# Celebrando el **Cuerpo** de **Dios**

Antoinette Molinié  
*editora*

## Capítulo 7



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ  
FONDO EDITORIAL 1999

Primera edición, julio de 1999

*Supervisión de la edición: Juan M. Ossio*

*Asistente en la supervisión: Gerardo Castillo*

*Diseño de cubierta: AVA Diseños*

*Celebrando el Cuerpo de Dios*

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia  
Universidad Católica del Perú.

Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Lima-Perú

Telf.: 460-0872 - 460-2291 - 460-2872 anexos 220 y 356

*Derechos reservados*

ISBN: 9972-42-158-9

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## MOROS Y CRISTIANOS EN EL CORPUS CHRISTI COLONIAL

por Berta Ares Queija

En la España de los siglos XV, XVI y XVII, una de las manifestaciones más habituales en las celebraciones de carácter festivo fue la representación de combates simulados entre *moros y cristianos*. Al menos esto es así en lo que se refiere al medio urbano, de donde suele proceder la mayor parte de la información disponible (véase por ej. ALENDA Y MIRA, 1903). Bajo una gran diversidad de formas (combate a caballo o a pie, combate naval, danza) y de tramas (un simple desafío, una emboscada, la conquista de una ciudad o un castillo, el rescate de una doncella cristiana o de una imagen sagrada, etc.), con una mayor o menor presencia de elementos teatrales, el esquema formal y el desenlace de la acción en este tipo de representaciones era siempre el mismo: dos bandos, equiparables militarmente entre sí, pero diferenciados por sus creencias religiosas, libran una o varias batallas, obteniendo siempre los cristianos la victoria final. Implícita o explícitamente, la resolución del conflicto se presenta no como el resultado de una superioridad militar de los cristianos, sino como consecuencia de la autenticidad de la fe que profesan. De ahí que, a menudo, la escenificación acabe con los moros reconociendo la falsedad de sus creencias, renegando de Mahoma y del Islam y solicitando el bautismo.

No es de extrañar, por lo tanto, que el tema de *moros y cristianos* aparezca con relativa frecuencia formando parte de la celebración del Corpus Christi, ya sea como «juego de cañas», como danza o, más tardíamente, como comedia teatral. Así, por ejemplo, en la procesión del Corpus del año 1579 en Madrid hubo una danza en la que se representaba un combate entre Rodrigo de Narváez y el moro Abindarráez; en la de 1592 otra, denominada «Danza de la recuperación de España», en la que figuraban en un bando don Pelayo con cuatro montañeses y en el otro don Opas con cuatro moros<sup>1</sup>. Refiriéndose a esta misma procesión en Madrid el historiador José Deleito y Piñuela (p. 176) señala lo siguiente:

«...al terminar la procesión, efectuábanse también danzas, que eran verdaderas pantomimas, simulando un combate entre ángeles y diablos, vestidos éstos de moros. Naturalmente, vencían aquéllos, y al término del baile el arcángel San Miguel cortaba la cabeza a Mahoma, representado por un monigote de moruna vestimenta, al que se quemaba enseguida entre algazara general».

La asiduidad con la que este tipo de representaciones se hacía, tanto en fiestas de carácter civil y cortesano como en las del calendario litúrgico, y en las que de uno u otro modo tomaban parte los diferentes grupos sociales, nos sumerge en la historia de una España social, cultural y étnicamente heterogénea, que construye y necesita reafirmar constantemente su identidad «nacional» en base a la uniformidad reli-

1. Citado por CARRASCO URGÓITI, 1963, p. 488. En el siglo XVI, se denominaba *montañeses* a los originarios del norte de España (en particular a los de Asturias y Santander), a los que se les suponía la condición de «viejos cristianos», sin mezcla de moros ni judíos; por su parte, Don Pelayo es el rey asturiano al que se atribuye el inicio de la Reconquista. Para otras referencias del tema de «moros y cristianos» en la procesión del Corpus véase, por ejemplo, FLECNIAKOSKA, 1954.

giosa y por oposición al Islam. En definitiva, nos pone en relación con una sociedad que parece percibirse a sí misma en lucha permanente contra el infiel. Es muy significativa, en este sentido, una frase escrita por Francisco López de Gómara (1552) en la *Dedicatoria* de su obra al rey: «Comenzaron las conquistas de indios acabada la de moros, porque siempre guerreasen españoles contra infieles».

Y en efecto, tal y como sugiere este cronista los españoles trasladaron al Nuevo Mundo sus guerras en nombre de la fe católica; pero no sólo las reales, sino también las de ficción. Y si en las primeras al indio le «tocó» protagonizar el papel de infiel o pagano, no siempre fue así en las segundas, como vamos a ver a continuación.

### «MOROS Y CRISTIANOS» EN TLAXCALA (1539)

La tregua firmada en junio de 1538 entre el emperador Carlos V y el rey Francisco I de Francia, en Aguas Muertas (Niza), fue motivo de celebración al menos en dos lugares de la Nueva España. La primera tuvo lugar en la ciudad de México, donde a instancias del virrey, de la Audiencia y de Cortés, y con la participación de españoles e indios, se organizaron unos espléndidos festejos que duraron varios días. De entre los diversos espectáculos que se hicieron Bernal Díaz destaca una representación en la que turcos y cristianos combatieron por la conquista de Rodas y en la que el propio Cortés, al frente del bando cristiano, hizo el papel de Gran Maestre de la isla <sup>2</sup>. La segunda celebración la protagoniza-

2. La descripción se debe a Bernal DÍAZ DEL CASTILLO, 1928, tomo II, cap. CCI, pp. 486-493. Aunque no está suficientemente claro, más que la conquista de Rodas, como comúnmente se dice, lo que realmente parece que se representó fue su defensa por parte de los cristianos, que salen victoriosos, ante el ataque de los turcos. Lo que no deja de ser una significativa inversión de la realidad histórica, ya que Rodas cayó en poder de los turcos en 1523 y tuvo que ser abandonada por los caballeros de la orden de San

ron los indios de Tlaxcala, quienes en el transcurso de la procesión del Corpus Christi de 1539, además de tres *autos* de carácter religioso, escenificaron *La conquista de Jerusalén* (MOTOLINÍA, p. 240 y ss). Sobre ella se centra el presente trabajo.

Aprovechando que la nueva ciudad de Tlaxcala estaba entonces en construcción, se montó para ese día un espectacular escenario en la plaza. Así, sobre los muros de la que iba a ser casa del Cabildo se edificó una réplica de la ciudad de Jerusalén; cercano a ella y de tal modo que la acción transcurriese delante, se elevó un tablado para instalar la imagen del Santísimo Sacramento; a la derecha, se situó el campamento o real del ejército de España; a la izquierda, el del ejército de Nueva España; en el centro, otro campamento denominado Santa Fe (una clara alusión a la conquista de Granada), donde llegado el momento habría de instalarse el emperador Carlos V con su ejército, aposentado al principio fuera de la plaza.

Brevemente resumida, la acción transcurre de este modo: En primer lugar entra en la plaza el Santísimo Sacramento acompañado del Papa y varios cardenales y obispos. A continuación, el «ejército de España» capitaneado por don Antonio Pimentel, conde de Benavente, e integrado por gentes de diversas regiones y ciudades españolas, además de alemanes e italianos. Luego hace su entrada el «ejército de Nueva España», capitaneado por el virrey Antonio de Mendoza e integrado por mexicanos, tlaxcaltecas, huastecas, cempoaltecas, mixtecas, colhuaques, tarascos, guatemaltecos y «unas capitánías que se decían del Perú e Islas de Santo Domingo y Cuba». Todos ellos, según el autor de la descripción, muy ricamente ataviados, por ser los participantes «señores y principales», y diferenciándose entre sí por sus respectivas vestimentas de guerra. Aposentado en Jerusalén

Juan. Duro golpe para la cristiandad de Occidente, que consideraba la isla como un punto estratégico para la conquista de los Santos Lugares.

está el ejército moro (turcos), compuesto por «gente bien unida y diferenciada de toda la otra, que traían unos bonetes como usan los moros» (p. 241) y al frente del cual figura el sultán de Babilonia y Tetrarca de Jerusalén, Hernán Cortés, con Pedro de Alvarado como capitán general.

Iniciado el ataque, los moros sufren dos derrotas consecutivas, la primera ante el ejército español y la segunda ante el novo-hispano. La situación se invierte totalmente a favor de los moros al verse reforzadas sus tropas por moros y judíos provenientes de Galilea, Judea, Samaria y Siria, derrotando en un primer encuentro a los españoles y en un segundo a los de Nueva España. Informado el emperador de lo ocurrido por sendas cartas de los dos capitanes cristianos, acude al lugar acompañado del rey de Francia y del de Hungría<sup>3</sup>. Aún así los moros logran defender la ciudad.

Ante una nueva derrota del ejército español, Carlos V escribe al Papa, rogándole que pida ayuda a Dios en sus oraciones. Este ordena orar a toda la cristiandad, a la vez que con los cardenales y obispos invocan el favor divino, arrodillados ante el Santísimo Sacramento. Lo mismo hacen los españoles en su campamento. Aparece entonces un ángel para comunicarles que sus oraciones han sido escuchadas, que saldrán victoriosos y que para mayor seguridad Dios les envía a su patrón, Santiago Apóstol. Entra éste en su caballo blanco y, poniéndose al frente del ejército, atacan Jerusalén. Los moros, aterrorizados, se encierran en la ciudad. Retirado el ejército español, atacan los de Nueva España, pero son a su vez derrotados. Se repite entonces una escena semejante: el ejército novo-hispano y toda la corte papal se ponen a rezar. Otro ángel les comunica que, aunque son «tiernos en la fe», Dios les ha estado probando para que sepan que sin Él no son nada, pero una vez que se han humillado, les envía

3. En 1539 el rey de Hungría y Bohemia, emparentado con Carlos V, estaba en lucha contra los turcos. En cuanto a la presencia del rey de Francia, no olvidemos que se estaba celebrando la firma de la paz de Aguas-Muertas.

en su ayuda a San Hipólito, patrón de Nueva España. Entra éste en un caballo negro y poniéndose al frente de su ejército, exhorta a los indios a luchar.

Capitaneados por sus respectivos patronos, cada ejército por su flanco y el del rey por el centro atacan al mismo tiempo Jerusalén. En el fragor de la lucha, aparece de pronto el arcángel San Miguel. Atemorizados unos y otros ante tal visión, se retiran. El arcángel habla a los moros y les insta a convertirse al cristianismo; luego desaparece. Acto seguido, el sultán Hernán Cortés alaba la misericordia divina por haberles alumbrado en su ceguera e incita a los moros a reconocer su error. En nombre de todos responde su capitán general, Pedro de Alvarado, expresando el deseo de ponerse en manos del rey de España y recibir el bautismo. El sultán escribe al rey comunicándole su rendición y rogándole que les acepte como vasallos. La acción finaliza con el rey conduciendo a los moros rendidos ante el Papa y dando todas gracias a Dios; aprovechando la ocasión para bautizar realmente a bastantes indios adultos, que habían participado representando el papel de turcos.

El presente resumen se basa en la minuciosa descripción hecha por un franciscano anónimo e inserta por el también franciscano Toribio Motolinía en su *Historia de los indios de la Nueva España*. Según el autor de la descripción, los indios tlaxcaltecas decidieron hacer esta representación después de ver la que españoles e indios habían hecho sobre Rodas en la ciudad de México, y añade además que «... por la hacer más solemne acordaron de la dejar para el día de Corpus Christi» (p. 240). Es decir, presenta el hecho como si se tratara de algo elaborado exclusivamente por los propios indios. Sin embargo, creo que es bastante evidente que detrás de todo el montaje se halla la mano de los franciscanos, cuya presencia en la zona se remontaba a unos quince años atrás<sup>4</sup>.

4. Véase MOTOLINÍA (1970), tratado 1, cap. 15, pp. 240-246. Se trata de

Como es bien sabido, la idea de conquistar Jerusalén era una vieja obsesión de todo el Occidente cristiano, en torno a la cual se aglutinaba un auténtico conglomerado de aspiraciones de carácter político y religioso. Tanto la derrota definitiva del Islam, encarnado en el siglo XVI por el Gran Turco, como la implantación efectiva de una cristiandad universal pasaban ineludiblemente por la recuperación de los Santos Lugares. Estas ideas, impregnadas de connotaciones de tipo mesiánico y milenarista, eran algo muy próximo a los franciscanos, para quienes además los Santos Lugares estaban especialmente ligados a la historia de su propia Orden, ya que, después de la predicación de San Francisco en Oriente, el sultán de Babilonia (El Cairo) les había concedido el privilegio de ser sus custodios (cfr. RICARD, 1932, p. 79).

Partiendo de estos presupuestos y conociendo el uso que hizo la iglesia de las formas teatrales no es, pues, tan extraño que los franciscanos de Tlaxcala, teniendo presente la representación hecha en México, decidieran hacer una puesta en escena de aquel viejo sueño, en un momento en el que además la supremacía política de España en Occidente parecía que iba a hacerlo realidad. «El cual pronóstico [esto es, la conquista de Jerusalén] cumpla Dios en nuestros días», escribe al comienzo el autor de la descripción. Sueño del que, por otra parte, intentaban hacer partícipes a los indios no sólo impulsándoles a representarlo, sino también —y sobre esto volveré más adelante— integrándoles como auténticos co-protagonistas dentro de la misma trama.

Esto nos pone en relación con algo que ya hace años su-

una carta que —según Motolinía— iba dirigida al entonces prelado de los franciscanos de México, fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Dos detalles hacen pensar que en el montaje pudo haber participado el propio Motolinía: en primer lugar, el hecho de que al frente del ejército español figure su protector, don Antonio de Pimentel, a quien él dedicó su obra; en segundo lugar, el que en un determinado momento se diga que entre los españoles destacó en la lucha «la gente del reino de León», de donde el fraile era origina-

girió Robert Ricard (1932, 1933): la utilización por parte de los misioneros de las representaciones de *moros y cristianos* con fines esencialmente catequéticos, contribuyendo de este modo a su gran difusión entre la población indígena <sup>5</sup>. La representación de Tlaxcala resulta, en este sentido, una puesta en escena verdaderamente ejemplar tanto por su construcción formal como por la multiplicidad de mensajes que en ella se entrecruzan.

### Viejas formas para nuevos mensajes

Como se habrá podido ver por el resumen realizado, la «Conquista de Jerusalén» responde en líneas generales al mismo esquema que las representaciones peninsulares: moros y cristianos libran varias batallas, alternándose en la victoria y sin que esté claro cuál de los bandos puede resultar el vencedor. Este equilibrio se rompe al ser invocado el auxilio divino por los cristianos y serles concedido, materializándose en la aparición de varios personajes sobrenaturales, lo que provoca la inmediata rendición de los moros y su posterior conversión. Rendición, por otra parte, que va acompañada de su derrota política ante el rey de España, a quien el Sultán rinde vasallaje, reconociéndole como el capitán de los ejércitos de Dios en la tierra y a quien, en calidad de tal, todo el mundo debe obedecer <sup>6</sup>.

rio. Me ha resultado imposible comprobar si por esas fechas estuvo por Tlaxcala.

5. Soledad CARRASCO URGOITI (1976 pp. 101-102) señala asimismo esta utilización con fines catequéticos entre la población rural española, y cómo la costumbre de representarlas al mismo tiempo que las obras de teatro religioso favoreció una fusión entre ambas. Sobre la difusión de *moros y cristianos* en América y su relación con las representaciones de la Conquista véase ARES QUEIJA, 1992.

6. He aquí el texto de la carta enviada al rey, comunicándole su rendición: «Emperador Romano, amado de Dios. Nosotros hemos visto clara-

A diferencia de otras representaciones, como p.e. la ya mencionada sobre Rodas, donde el apoyo divino parece darse por sobreentendido desde el momento en que implica a moros y cristianos, en ésta de Tlaxcala no sólo está explícito sino que todo el énfasis recae sobre la intervención divina; de tal modo que ni siquiera el desenlace del combate final se impone por las armas, sino por el impacto que producen en los moros las apariciones sobrenaturales y, finalmente, por el poder de persuasión de las palabras que el arcángel San Miguel les dirige. Esto, unido a que todo transcurre como parte de la procesión y en presencia del Santísimo Sacramento, con la inclusión en la acción del mismísimo Papa con su corte, etc., hacen de ella una auténtica pieza de teatro religioso.

Su finalidad catequética es bastante evidente; hasta tal punto que, leyendo las palabras que el ángel dirige al ejército de Nueva España <sup>7</sup>, las que dirige el arcángel San Miguel a los moros <sup>8</sup> o las que a continuación pronuncia el

mente como Dios te ha enviado favor y ayuda del cielo; antes que esto yo viese pensaba de guardar mi ciudad y reino, y de defender mis vasallos; pero como Dios del cielo me haya alumbrado, conozco que tú solo eres capitán de sus ejércitos; yo conozco que todo el mundo debe obedecer a Dios, y a tí que eres su capitán en la tierra. Por tanto en tus manos ponemos nuestras vidas, y te rogamos que te quieras llegar cerca de esta ciudad para que nos des tu real palabra y nos concedas las vidas, recibiéndonos con tu continua clemencia por tus naturales vasallos. Tu siervo. El gran Soldán de Babilonia, y Tetrarca de Jerusalén» (MOTOLINÍA, p. 245)

7. «Aunque sois tiernos en la fe os ha querido Dios probar, y quiso que fuese desvincidos para que conozcais que sin su ayuda valeis poco; pero ya que os habéis humillado, Dios ha oído vuestra oración, y luego vendrá en vuestro favor el abogado y patrón de la Nueva España, San Hipólito, en cuyo día los Españoles con vosotros los Tlaxcaltecas ganásteis a México» (MOTOLINÍA, p. 244).

8. «Si Dios mirase a vuestras maldades y pecados y no a su gran misericordia, ya os habría puesto en el profundo del infierno, y la tierra se hubiera abierto y tragádos vivos; pero porque habeis tenido reverencia a los Lugares Santos quiere usar con vosotros su misericordia y esperaros a penitencia, si de todo corazón a El os convertís; por tanto conoced al Señor de la Majestad, Criador de todas las cosas, y creed en su preciosísimo Hijo

Sultán<sup>9</sup>, se puede obtener la impresión de estar ante un largo sermón dirigido directamente a los indios sobre su propia condición. ¿Cómo no establecer, entonces, un paralelismo entre la historia que estaba transcurriendo ante sus ojos y su pasado más inmediato? ¿Cómo no identificarse a sí mismos como los anteriores «turcos de Jerusalén», a quienes derrotaron los cristianos?.

A favorecer este tipo de asociación parecen ir dirigidas ciertas alusiones, que, en mi opinión, no son sino guiños intencionales a la concurrencia. Así, en un determinado momento la derrota del ejército novo-hispano es achacada al escuadrón de los indios antillanos, históricamente los primeros en ser conquistados y que, en este caso, caen todos prisioneros de los turcos porque «...no eran diestros en las armas, ni traían armas defensivas, ni sabían el apellido de llamar a Dios» (MOTOLINÍA, p. 242). En otro momento, al anunciarles la venida de San Hipólito el ángel aclara la razón de su patronazgo sobre Nueva España: «en cuyo día los Españoles con vosotros los Tlaxcaltecas ganásteis a México» (idem, p. 244). No olvidemos además que la frontera entre la ficción dramática y la realidad está muy desdibujada al finalizar el acto con el bautismo de algunos indios / «turcos», como antes se dijo.

Considerada desde esta perspectiva, es decir, como un reflejo de la propia conquista americana, la representación estaba ofreciendo a figurantes y espectadores una explicación *a posteriori* del por qué de la derrota indígena ante los españoles, así como la posibilidad de reinterpretar los hechos del pasado como fruto de sus vanas creencias y de la falsedad

Jesucristo, y aplacadle con lágrimas y verdadera penitencia» (MOTOLINÍA, p. 244).

9. «Grande es la bondad y misericordia de Dios, pues así nos ha querido alumbrar estando en tan grande ceguedad de pecados; ya es llegado el tiempo en que conozcamos nuestro error; hasta aquí pensábamos que peleábamos con hombres, y ahora vemos que peleamos con Dios y con sus santos y ángeles: ¿quién les podrá resistir?» (MOTOLINÍA, p. 244).

de sus dioses. Mensaje que, además de la dimensión religiosa, llevaba consigo todo el «veneno» que se le quiera atribuir en tanto que suponía una legitimación política de lo sucedido. Recordemos que el reconocimiento del Dios cristiano por el Sultán iba concatenado al reconocimiento de la supremacía política del rey de España, a quien los moros ruegan que les acepte como «vasallos naturales» (ver nota 6).

Ahora bien, la representación de Tlaxcala no sólo tenía que ver de manera indirecta con el pasado. Por el contrario y como trataré de demostrar a continuación, también en ella se ponía de manifiesto el presente, y más concretamente la concepción política y religiosa que los franciscanos tenían de él respecto a la sociedad indígena. Retomemos, pues, la puesta en escena de la «Conquista de Jerusalén» y a sus protagonistas desde el bando cristiano, integrado en este caso por el Santísimo Sacramento, el Papa con su corte, el Emperador. Es decir, toda una representación simbólica de la cristiandad. Pues bien, formando parte de ella, pero ocupando un espacio propio, figura el ejército de la Nueva España (o mejor dicho, del Nuevo Mundo, pues tal parece ser la intención al incluir en él a peruanos y antillanos), capitaneado nada menos que por el virrey, representante directo de la autoridad real. Es más, por un cuidado efecto de total simetría en la puesta en escena, este ejército ocupa una posición que está en absoluto plano de igualdad con la del ejército español.

De tal manera que si un ejército está colocado a la derecha del emperador, el otro lo está a la izquierda; si uno ataca y vence o es derrotado, el otro también; si de unos se dice que lucharon como «tigres y leones», los otros lo hicieron como «elefantes y gigantes», y, en fin, si Dios escucha las oraciones de los españoles y envía en su ayuda a Santiago Apóstol, otro tanto hace con los indios enviándoles a San Hipólito. En definitiva, los pueblos americanos aparecen incorporados a la comunidad cristiana y a la monarquía española, sin ningún tipo de distingo respecto a los españoles;

unos y otros están en una condición de igualdad tanto ante Dios como ante el rey.

El verdadero alcance político de este mensaje lo podemos entender mejor si tomamos en consideración otro aspecto más de la representación. Me refiero al hecho de que sea Hernán Cortés quien figure como Sultán de Babilonia y Tetrarca de Jerusalén. Esto que a algunos estudiosos le ha parecido caprichoso e incomprensible <sup>10</sup>, no lo es en absoluto si contemplamos la obra dentro de su contexto histórico y a la luz del conflicto político latente durante esos años en la Nueva España, en el cual se dirimía la instauración efectiva de la jurisdicción real sobre aquellos territorios y sus gentes frente a las tendencias de tipo señorial de Cortés y, en general, de los conquistadores. En 1539 y tras varios años de esfuerzos y fracasos, la Corona estaba a punto de ganar definitivamente la partida a Cortés, quien en 1540 marchaba a España para no regresar nunca más. Al frente de Nueva España quedó entonces el virrey Antonio de Mendoza, principal artífice de este éxito de la política de la Corona.

La escenificación de Tlaxcala era, pues, una síntesis magistral de este conflicto: en un bando estaba el rey de España, acompañado del virrey Mendoza como capitán general del ejército novohispano; en el otro, Cortés como «señor» de los moros, con Pedro de Alvarado como capitán general. El enfrentamiento entre ambos bandos acaba con Cortés y sus partidarios derrotados, reconociendo la soberanía real <sup>11</sup>.

10. Cfr. Fernando HORCASITAS (1974, pp. 507-8) y Arturo WARMAN (1972, p. 89).

11. También en los festejos de México tuvo una particular manifestación este conflicto político, personalizado en la rivalidad entre Mendoza y Cortés. Cada uno de ellos ofreció en esta ocasión un espectacular banquete, resultando –según BERNAL DÍAZ– más majestuoso el del virrey (cfr. pp. 489-493). El mismo Bernal cuenta que ambos acababan de hacer las paces entonces: «En esta sazón habían hecho amistades el marqués del Valle y el visorrey don Antonio de Mendoza, questaban algo amordazados sobre el contar de los vasallos del marquesado y sobre quel virrey favoreció mucho

Los franciscanos, que durante años habían sido los mejores aliados de Cortés, ponían así de manifiesto la posición adoptada, acorde por otra parte con sus desvelos por conseguir que la población indígena dependiese directamente de la jurisdicción real y sustraerlos así del poder de los encomenderos. El mensaje que intentaban transmitir a los indios era muy claro: el único señor es el rey y, en su nombre, el virrey; no Cortés ni otro alguno. Pero ¿qué extraños sentimientos y emociones pudo despertar en los tlaxcaltecas representar la derrota de su antiguo conquistador y aliado y hasta entonces *Gran Señor* de México?

En fin, creo haber dejado claro hasta qué punto el viejo esquema de *moros y cristianos* importado de la península se convirtió en manos de los franciscanos de Tlaxcala en algo flexible, adaptable a aquella nueva realidad como vehículo de transmisión de nuevos mensajes, sin perder por ello su sentido original. Cabe preguntarse hasta qué punto tales mensajes podían ser percibidos desde un universo cultural completamente diferente. Los misioneros parece que así lo creyeron. Pero ¿no creyeron también que, al igual que en las representaciones de *moros y cristianos*, el Otro era reducible mediante la asimilación religiosa?

Los esfuerzos desplegados en este sentido se ponen muy bien de manifiesto en esta procesión del Corpus Christi de Tlaxcala, durante cuyo recorrido —como mencioné más arriba— se hicieron además tres *autos* o cuadros escénicos:

«...iba el Sacramento entre unas calles hechas todas de tres órdenes de arcos medianos, todos cubiertos de rosas y flores muy bien compuestas y atadas; y estos arcos pasaban de mil y cuatrocientos, sin otros diez arcos triunfales grandes, debajo de los cuales pasaba toda la procesión. Había seis capi-

a Nuño de Guzmán para que no pagase la cantidad de pesos de oro que debía a Cortés desde el tiempo que fue el Nuño de Guzmán presidente en Méjico» (p. 486). Véase asimismo BERNARD & GRUZINSKI, 1991.

llas con sus altares y retablos; todo el camino iba cubierto de muchas yerbas olorosas y de rosas. Había también tres montañas contrahechas muy al natural con sus peñones, en las cuales se representaron tres autos muy buenos» (MOTOLINÍA, p. 245).

En el primero de estos *autos* los indios escenificaron las tentaciones por parte del Demonio a Jesús en el desierto; en el segundo, la predicación de San Francisco a las aves, en el que «fueron representados y reprendidos algunos vicios» de los indios; en el tercero y seguramente como reprobación de los sacrificios humanos, el sacrificio de Abraham. La procesión retornó luego a la iglesia, finalizando así la catequesis del día de Corpus.

En definitiva, creo que el caso aquí estudiado muestra muy bien cómo la procesión de la fiesta del Corpus Christi adquirió, también en América y desde fechas muy tempranas, el carácter de gran espectáculo del cristianismo triunfante que ya tenía en España. Representaciones de *moros* y *crístianos*, autos sacramentales o pequeñas escenificaciones de pasajes bíblicos o textos sagrados, danzas de moriscos o danzas de indios <sup>12</sup>, todo podía ser incorporado en ella si se le daba el sentido adecuado.

12. *Leilas* y *zambras* moriscas formaban parte de la procesión del Corpus de la ciudad de Granada; en cuanto a las danzas de indios, véase ARES QUEIJA, 1984, y BAYLE, 1951.

## Obras citadas

- ALENTA Y MIRA, Jenaro, 1903 (1865), *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas en España*, Madrid, Imprenta Rivadeneyra, 2 vols.
- ARES QUEIJA, Berta, 1984, «Las danzas de los indios: un camino para la evangelización del virreinato del Perú», *Revista de Indias*, 174, Madrid, C.S.I.C., pp. 445-463.
- 1992, «Representaciones dramáticas de la Conquista: El pasado al servicio del presente», *Revista de Indias*, 195-196, Madrid, C.S.I.C., pp. 231-250.
- BAYLE, Constantino, S.J., 1951, *El culto del Santísimo en Indias*, Madrid, C.S.I.C., Biblioteca Missionalia Hispánica, serie B, vol. IV.
- BERNARD, Carmen & GRUZINSKI, Serge, 1991, *Histoire du Nouveau Monde. De la découverte à la conquête*, París, Fayard.
- CARRASCO URGOITI, María Soledad, 1963, «Aspectos folclóricos y literarios de la fiesta de Moros y Cristianos en España», *PMLA, Publications of the Modern Language Association of America*, vol. LXXVIII, New York, pp. 476-491.
- 1976, «La fête des Maures et des Chrétiens en Espagne: Histoire, religion et théâtre», *Cultures*, vol. III, n° 1, París, Les Presses de l'Unesco et la Baconnière, pp. 94-122.
- DELEITO Y PIÑUELA, José, 1952, *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe. Santos y Pecadores*, Madrid, Edit. Espasa-Calpe.
- DIÁZ DEL CASTILLO, Bernal, 1928 (1568), *Verdadera Historia*

- de los Sucesos de la Conquista de la Nueva España*, Carlos Pereyra (edit.), Madrid, Edit. Espasa-Calpe, 2 vols.
- FLECNIAKOSKA, Jean Louis, 1954, «Les Fêtes du Corpus à Ségovie (1594-1636). Documents inédits», *Bulletin Hispanique*, Bordeaux, vol. 56, n° 1-2, pp. 14-37; n° 3, pp. 225-248.
- HORCASITAS, Fernando, 1974, *El teatro náhuatl. Épocas novohispana y moderna*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma.
- LÓPEZ DE GOMARA, Francisco, 1946 (1552), «Hispania Vitrix. Primera y Segunda parte de la Historia General de las Indias», en *Historiadores Primitivos de Indias I*, Madrid, Edit. Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXII, pp. 155-455.
- MOTOLINÍA, fray Toribio de, 1970 (1541), *Historia de los Indios de la Nueva España*, Madrid, Ed. ATLAS, Biblioteca de Autores Españoles, tomo 240.
- RICARD, Robert, 1932, «Contribution à l'étude de fêtes de 'moros y cristianos' au Mexique», *Journal de la Société des Américanistes*, París, t. XXIV. pp. 51-84.
- 1933, *La «conquête spirituelle» du Mexique. Essai sur l'apostolat et les méthodes missionnaires des Ordres Mendians en Nouvelle-Espagne de 1523-24 à 1572*, París, Institut d'Ethnologie.
- WARMAN, Arturo, 1972, *La Danza de Moros y Cristianos*, México, Sep/Setentas, 46.